Apertura en un 'apartheid'

JUAN CARLOS ONETTI

Me resulta imprescindible comenzar este artículo con el recuerdo de un cuento de Andreiev, el gran escritor ruso muerto en la revolución del 17, tal vez por el pecado de ser socialista y no bolchevique.

Su grandeza literaria era dudosa para mi amigo Bergamín y mucho dedicamos a discutirla en nuestras comidas montevideanas. Todos hemos leído *Sacha Yegulef,* admirable descripción de la corrupción de una guerrilla revolucionaria que se va convirtiendo, para terrible desencanto de Sacha, en un conjunto de bandidos. Este libro inspiró un cariñoso poema a la marquesa de Foronda, entonces adolescente y muy alejada del título nobiliario.

También escribió Andreiev cuentos admirables. Uno de ellos, *El abismo,* se ha publicado muchas veces en Hispanoamérica y en España. Adecuado al lector medio porque su tema es el de una muchacha violada con reiteración. Personalmente, recuerdo sobre todos uno que estremece por su contenido de misterio y poesía titulado *Desde la oscura lejanía.* Allí no hay lo que llamamos sucesos; y juro que no hacen falta para que este relato sea un modelo de belleza. Y no olvidemos aquella obra maestra llamada *Los siete ahorcados.* Con perdón del invariable comunista Bergamín que me está mirando desde el cielo. Él también era católico invariable y nos dejó una frase: "Soy comunista hasta la muerte, pero ni un paso más allá", que luego de mucho buscar el elogioso adjetivo adecuado descubro que es sencillamente bergaminesca.

Pero estoy trabajando y mi buena conciencia me obliga a recordar la frase literaria del mentido discípulo de Juan de Mairena: "Lo que pasa en la calle". Lo que ocurre en las calles de un mundo cuyos pobladores han sido hechos para la ambición y la rapiña. Todos, con excepción de los que satisfagan o coincidan con la moral del posible lector.

Y este ruido de calles no demasiado lejanas me impone rememorar otro cuento de Andreiev. No recuerdo el título con que lo bautizó la editorial traductora y no tengo a mano el libro. Es que como en general la gente va perdiendo ilusiones a medida que avanza en la vida, yo he ido perdiendo bibliotecas. Pero el título no importa. Se trata de un personaje que en una de esas poco sufribles reuniones de compañeros de oficina toma unas copas y queriendo él también salir del anónimo declara que le gustan las negras. Asombro, incredulidad. Pero el hombre se mantiene firme; a él le gustan las negras aunque tengan el cuerpo protegido con sebo, como los esquimales para resistir el frío de Rusia. Y como el cuento tiene que seguir, aparece en la ciudad un circo o *music hall* integrado por tres negras. En la necesidad de mantener el prestigio que le dio su mentida preferencia, el personaje se deja impulsar hasta el casamiento con la más fea, retinta y engrasada de las tres que le eran ofrecidas. Se casó con dolor, vivió también así y murió inconsolado. En vísperas de tales desgracias sus queridos amiguitos bromearon y apostaron sobre el resultado de la cruza. Alguno predecía un niño listado, de piel con alternadas franjas blancas y negras, como las cebras. Sospecho la existencia de otro que auguró un hermoso tablero de ajedrez.

Ahora me despido de mi admirable Andreiev y de su cuento barato que la historia ha transformado en una descomunal broma o tragedia. Gracias a mi cultura periodístico-telegráfica me entero que el gran patrón surafricano, el señor Botha, cuyo origen racial desconozco, ha dado relativa vía libre a un pecado que hasta hoy era mortal en esa enorme tierra donde la negritud es explotada y hecha carne de masacre por la civilización de los hombres blancos. En cuanto al pecado mortal, no se paga en el infierno inventado por los colonizadores o sus mil veces tatarabuelos, infierno que ellos no creen merecer: es mortal aquí mismo, ignoro si con ayuda de fusiles, horcas o pestes.

La brevísima resurrección de Leónidas Andreiev fue provocada por la noticia de que los blancos, que son ridículamente menos numerosos que los negros pero tienen, y cada vez más, ametralladoras, cañones, morteros y aviones armados, han resuelto permitir matrimonios bicolores y despenalizar los ayuntamientos de blancas con negras y de negras con blancos.

Como todas las decisiones políticas creo indudable que esta doble apertura es resultado de presiones. Ambos colores desearon que se hicieran algunas fisuras en la segregación; tal vez la más brutal y sostenida con las mayores de las brutalidades de todas las que aún existen en el mundo. Pero esta anunciada apertura casamentera tiene su control y su limitación. Puede haber matrimonios bendecidos por las leyes surafricanas y por algún sacerdote no se sabe de qué rito. Pero no se permite ni un poco más. El negro o la negra se casa con blanco o blanca pero debe volver a su reducción, don-

Pasa a la **página 12**

La introspección como tarea científica

FAUSTINO CORDÓN

Hace unas semanas, al entregarme Carlos Gurméndez sus dos libros, *Estudios sobre el amor* y *Tratado de las pasiones,* me comentó que el análisis de la vivencia interior humana es un tema tratado en la antigüedad (por ejemplo, por Aristóteles en su *Retórica)* y resucitado en el Renacimiento (por ejemplo, me dijo, por Luis Vives en su *Tratado del alma* y por Descartes), y por el que, curiosamente, han perdido interés la filosofía y la psicología modernas. Tengo, pues, la impresión de que la intimidad de la psique humana sea un campo relegado a la descripción literaria. Se plantea, pues, la cuestión de si el acontecer de nuestra subjetividad humana puede o no ser objeto de una consideración científica objetiva. Hay que dar una respuesta decididamente afirmativa que implica las dos convicciones siguientes. Ante todo tenemos la aseveración previa, a la que podemos considerar tanto el principio como la conclusión del desarrollo de la ciencia de que en el universo, sujeto a una evolución conjunta a la que nada escapa, no hay ningún fenómeno real objetivo que, considerado en debida perspectiva con su ámbito espacio-temporal coherente, no permita inducir cómo surge de este ámbito y de este modo ser comprendido por proceso de origen; en pocas palabras, cualquier fenómeno real podrá ser objeto de conocimiento científico en cuanto la ciencia haya avanzado lo suficiente para entender el proceso de su entorno.

Pasemos a la segunda cuestión más concreta que deriva de la anterior; a saber: si el ánima de los animales, y en particular la del hombre, es un fenómeno o proceso real, objetivo, originado y sostenido por un entorno dinámico cognoscible y que, por tanto, sea objeto potencial de conocimiento científico; también a esta cuestión, como biólogo, he de dar una respuesta afirmativa; estoy muy convencido (por datos concretos de muy diverso tipo) de que el ánima, consustancial en nuestra vivencia, con sus contenidos de conciencia, es algo muy concreto que va estando en condiciones de ser estudiado experimentalmente; a saber: un campo físico unitario (en el que radica la individualidad de todo animal y, por tanto, de todo hombre), campo que resulta ciertamente del proceso de las células del soma animal, pero como algo distinto de ellas y capaz de gobernarlas. La vieja dualidad del cuerpo y alma (análoga a la que hasta principios de siglo se consideraba existir entre materia y energía) como entes radicalmente distintos es lo que ha mantenido a los psicólogos y fisiólogos separados entre sí artificialmente, y lo que a la parte quizá más progresiva de unos y otros les llevó, por una excesiva prevención a incurrir en idealismo, a caer (lastrados de un reduccionismo somatista) en el mecanicismo de identificar los fenómenos psíquicos con la fisiología del sistema nervioso. No es así; el ánima, ciertamente, surge de la actividad cooperante de neuronas, y gobierna esta actividad cooperante, pero como algo distinto de ella y de un modo en el que tanto el ánima como las neuronas se realizan sin tomar noticia una de otras y viceversa. Entender este proceso que exige comprender por sus respectivos procesos de origen a la célula y al animal es un problema, en mi opinión, al alcance ya de la biología. Ahora bien, con respecto a la objetividad de éste baste, en primer lugar, insistir en la objetividad del ánima y, en segundo lugar, en el hecho de que el ánima del animal, surgida constantemente de la actividad cooperante de neuronas, puede orientar esta actividad (que a su vez conduce la cooperación muscular) precisamente por interiorizar un determinado entorno que le es privativo; a saber: el medio animal de cada especie (y, en su caso, el humano).

Por otra parte, pienso que en el estudio de nuestra conducta instintiva (y como aspectos destacados de ella, en el de las pasiones y en el del amor) se dan unas condiciones que permiten una penetración y un rigor muy superiores a los que puede lograrse en el estudio de las demás especies animales. La acción y experiencia humana, aunque no se reduzca a lenguaje y pensamiento, lo cierto es que este componente de ella, privativo del hombre, preside a los demás, de modo que en el lenguaje culmina la actividad muscular, y el pensamiento parece presidir los componentes sensoriales. Así el esfuerzo al que se está entregando con tan lúcida continuidad Carlos Gurméndez puede proporcionar datos de observación rigurosos y rigurosamente comunicables, porque el componente de lenguaje y pensamiento que preside nuestra conciencia hace que la intimidad de cada uno sea particularmente accesible a los

Pasa a la **página 12**

Cartas al director

Freud, Masson y el feminismo

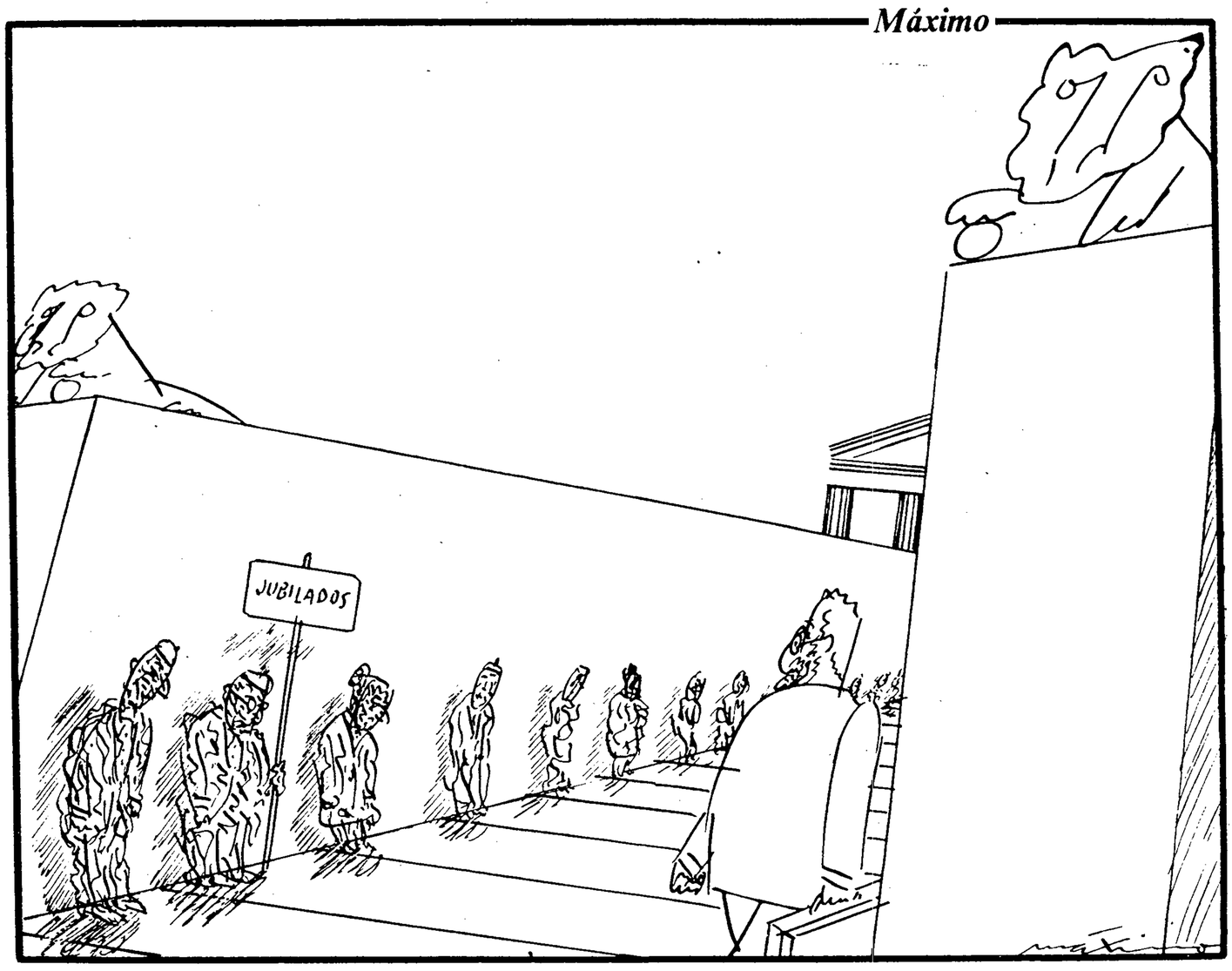
El domingo 26 de mayo EL PAIS publicó una entrevista a Jeffrey Masson y un comentario sobre su libro *El asalto a la verdad.* En la misma sección, bajo el título 'Lo último en España', se hace mención a mi libro *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la femineidad,* como estando "situado temáticamente cerca de algunas conclusiones que se derivan de las hipótesis de Masson". Esta afirmación, aunque hace gala de mesura en la formulación, sella una vinculación entre ambos que podría conducir al lector a pensar que existe una afinidad teórica o ideológica.

Masson intenta cuestionar la totalidad de la teoría psicoanalítica en base al supuesto de que Freud habría rechazado admitir la importancia de la seducción real que sufren las niñas por parte de sus padres, relegándolas al papel de meras fantasías. Colosal reduccionismo el que de esta manera realiza al reentronizar un realismo ingenuo que otorga transparencia a los hechos, desconociendo lo que el psicoanálisis conmueve y cuestiona con el descubrimiento del inconsciente: que la realidad no es una y que es necesario penetrar la dimensión simbólica que organiza todo contacto con lo real.

En segundo lugar, Masson contribuye nuevamente con su ataque personalizado en Freud a infantilizar y reforzar una problemática crucial del psicoanálisis en la actualidad: que toda disidencia, innovación o renovación de las ideas vigentes sea concebida como rebeldía contra el padre, herejía o profanación a la doctrina, en última instancia como cuestión de rela-

Pasa a la **página 12**

Máximo



Apertura en un 'apartheid'

Viene de la página 11
de se le encierra y se le trata como a un mamífero de dos patas. Y aquí se imponen muchas dudas frívolas. La pluma avanza cautelosa sobre arenas movedizas. Porque es inevitable hacer o hacerse preguntas.

Según leo, la negra o el negro son escogidos por un blanco o una blanca. Elección que me recuerda la vez que tuve que elegir un perro entre unos 50 que ladraban, aullaban, gemían, se trepaban en las puertas de alambre pidiendo ser liberados. Las leyes que inventa e impone el presidente Botha para que Louis le Grange las haga cumplir muestran ahora esta curiosa permisividad. Negros y blancos pueden casarse, pero el *apartheid*, repudiado por todo el resto del mundo, obliga al negro, macho o hembra, a vivir en la escandalosa miseria y humillación de las reducciones. Que no sólo existen en Suráfrica.

Tal como están las cosas parece forzoso que sean los blancos, machos o hembras, los que se acerquen a las alambradas, observen, calculen, elijan y digan, señalando con un dedo: esto. De esa manera compré mi perro.

Pero uno imagina que hasta en Suráfrica un matrimonio implica derechos y deberes. Tal vez la mitad negra de la pareja no esté obligada a decir "hasta que mi muerte nos separe" y quien sabe qué iglesia consagra y bendice a los cónyuges. Pero ¿y ahora qué?, como se preguntaba un conocido revolucionario.

Porque el matrimonio debe consumarse o no es. Tal la doctrina de la Iglesia del Vaticano. Pero si la negritud debe volver a la impuesta condición de animal encerrado ¿cuánto tiempo de unión toleran y cuántos abrazos, diurnos o nocturnos? Tal vez ya se empleen taxibesos, *made in USA* o Japón. Todo grotesco como corresponde.

Y para terminar recuerdo que Dios no es racista; tal vez nos desconcierte a veces, pero tengo pruebas de que es imparcial cuando reparte la tilinguería entre los mortales. Un blanco y un negro declaran convicciones ante la prensa, la radio, la televisión, es decir ante todo el mundo. Se trata de un cantor con *voce perduta* y de un hombre que supo jugar al fútbol. Y uno, el blanco o el negro, afirma: "Me considero más intelectual que todos los intelectuales de mi país". El otro dice: "No me interesa ser diputado o senador. Me preparo para la presidencia de mi país".

La introspección como tarea científica

Viene de la página 11
demás. Nadie, ni en el mayor aislamiento, se realiza como hombre sino elevando el conjunto de todos los contenidos sensoriales de su conciencia a pensamiento, como tal comunicable. Ni podemos dirigir una acción algo compleja sin decirnos mentalmente cómo hacerla con palabras que otros podrían entender (de modo que el hombre es el animal en permanente compañía, real o potencial).

En segundo lugar, el pensamiento, por su capacidad de entramarse y de subir y bajar de grado de abstracción, no sólo nos mantiene relacionados, constituyendo nuestro entorno social, sino que teje a lo largo del tiempo los contenidos de las conciencias individuales con un desarrollo que podríamos llamar la ontogénesis de nuestra naturaleza humana. No se nos presentan las pasiones y el amor en sí, y ni siquiera sólo en su desarrollo, sino, además, en el marco de la ontogénesis de la persona. De hecho, por ceñirse objetivamente al nivel conveniente descriptivo de las pasiones y del amor, despierta nuestra introspección y nos incita a contrastar lo que leemos con lo que somos en el recuerdo. Nos lleva a ejercitar nuestra memoria, a la que el pensamiento confiere un orden de libertad superior a la del animal. Pienso que la capacidad congénita de memoria del hombre muy bien puede ser la animal heredada del homínido, pero forma parte y nos enlaza con un medio a la vez íntimo y comunicable de amplitud y de dinamismo incomparables. Traído por el pensamiento, me viene a la memoria ese sabor de la consabida magdalena de Proust que parece constituir un ejemplo del modo inesperado, pasivo, con el que el medio animal debe hacer despertar un recuerdo; recuerdo éste que en cuanto humano está trabado por la palabra y hace aflorar a la memoria activa humana del que relata la larga teoría de recuerdos que es *Por el camino de Swann*.

Por último, para comprender correctamente la conducta instintiva de un animal habría que ir interpretando, la una por la otra, la evolución, ontogénica y filogénica, del soma y la evolución de su medio específico, tarea que exige elevarse a un orden de problemas y de técnicas aún mal establecido. En cambio, entender así, históricamente, la conducta humana es ya perfectamente abordable; en el hombre se conservan inmutables las capacidades congénitas del homínido que llegó a hablar y que, haciéndolo, constituyó el medio privativo humano, la sociedad que continuamente se ha mantenido ajustada a tales capacidades congénitas.

Para terminar, las pasiones humanas mismas (lo que se siente, se disfruta o se sufre en distintas coyunturas) sólo se realizan plenamente expresándonoslas. Al hacerlo se depura, se plasma y se fija toda pasión. Entenderla bien, constituir una pasión en pensamiento, guía correcta de la acción, equivale a madurar la pasión y realizarnos bien en ella.

Viene de la página 11
ción con la palabra del maestro. Masson, a pesar de su gusto por el escándalo y su aparente osadía, parece no poder liberarse de este diabólico designio, y no hace sino repetir el modelo más ortodoxo: en lugar de trabajar con las ideas, de contrastar las tesis, de reexaminar los supuestos, se dedica al psicoanálisis *post mortem* de Freud. ¿Quizá porque esto es noticia?

Basten estos pocos puntos para señalar mis diferencias radicales con Masson. La única proximidad —motor posible del comentario periodístico que da origen a esta nota— es que en mi libro también me ocupo de la sexualidad femenina y de la histeria, pero para ensayar demostrar una muy otra cosa: que los problemas de la sexualidad no son el centro de la cuestión, sino el efecto, la consecuencia de los trastornos narcisistas de la femineidad. Trastornos narcisistas que no dependen de la existencia o no de una violación —por supuesto que si ha existido añadirá un feroz trauma adicional—, sino de toda una estructura simbólica que construye a las instancias psíquicas de la mujer y coloca a ésta en una situación de vulnerabilidad que le llevará toda su vida el tratar de superar.

Frente *al padre violador*, lo que necesitamos las mujeres —y los hombres— no es un espíritu paternalista que nos defienda de nuestra indefensión sexual, sino de una profunda modificación de la doble y desigual moral que gobierna desde el inconsciente, tanto del hombre como de la mujer, el deseo sexual que se pone en juego. Mi libro trata de contribuir dentro del campo específico del psicoanálisis a esa tarea. La crítica que hago al falocentrismo que se ha deslizado en el seno de la teorización psicoanalítica apunta a liberarla de una impregnación ideológica que no le es necesaria. Pero quizá esto no constituya noticia.— **Emilce Dio Bleichmar.** Psicoanalista. Madrid.

Cartas al director

Errores de enciclopedias

En la edición del 23 de mayo del periódico que usted dirige, leo con agrado que el embajador de España en Moscú ha protestado ante el Gobierno de la URSS porque el diccionario enciclopédico soviético dice que "aproximadamente, tres cuartas partes de la población de España son españoles y el resto catalanes, vascos y gallegos". Dejando aparte consideraciones políticas, cuando menos, esta afirmación contiene errores históricos y geográficos de bulto, comparables con la identificación de rusos con soviéticos o ingleses con británicos y por tanto deben ser desterrados de cualquier enciclopedia que se precie.

Por otra parte, se puede encontrar una afirmación parecida en la *Enciclopedia Británica* (edición de 1981, tomo IX, página 396), en la que puede leerse que la composición étnica de España consta de un 72,8% de españoles, 16,4% de catalanes, 8,2% de gallegos, 2,3% de vascos y otros, 0,4%. Indudablemente, estas cifras encierran el mismo error, si bien de un modo mucho más exacto.

Teniendo en cuenta que esta enciclopedia está publicada por la universidad de Chicago y que la edición de 1981 está dedicada al ínclito Ronald W. Reagan, vería con el mismo agrado que el embajador en Washington siguiera el ejemplo de su colega en Moscú.— **Arturo Ruiz Falcó.** Madrid.

Nacionalismos e insolidaridad

Hace algunos días, Miguel Castells publicaba en una *Tribuna Libre* de EL PAIS un artículo en el que explicaba el desgraciado error —en su opinión— de considerar equiparables cualesquiera tipos de nacionalismos, sin tener en cuenta la existencia de determinadas condiciones que hacen que un nacionalismo sea progresista y otro conservador o reaccionario.

Cuando leí aquello me vino a la cabeza una de las *Historias del señor Keuner*, de Bertolt Brecht, precisamente la titulada 'Sobre el nacionalismo': el señor Keuner paseaba un día por su ciudad natal, cuando se encontró de frente con un soldado de uno de los ejércitos ocupantes de su país. Cortándole el paso, el soldado le obligó a bajarse de la acera para poder seguir su camino. El señor Keuner deseó entonces que un terremoto destruyera el país del que procedía aquel soldado, incluidos todos sus habitantes. Más tarde, cuando logró calmarse, el señor Keuner meditó sobre sus anteriores pensamientos y llegó a una conclusión muy distinta. Lo malo de la imbecilidad, pensó, recordando el suceso, es que puedes contagiarte de ella cuando la encuentras por la calle.

Miguel Castells y los que piensen como él podrán ver en esta carta *un enfoque tradicional* del asunto del nacionalismo. ¿Pero acaso el nacionalismo que propugna M. Castells está libre de las más tradicionales y nefastas consecuencias de todo nacionalismo? Los que gritan: "Que se vayan", ¿piensan acaso adónde quieren *que se vayan?* ¿A Andalucía, tal vez? Y cuando dicen que "los Olarras y los Benegas no son vascos, ¿quieren acaso que los de Madrid neguemos que Blas Piñar es español? Y cuando un representante de HB manifiesta que para el pueblo vasco sería aceptable la perspectiva del socialismo en Euskadi, aunque ello pudiera suponer una dictadura militar para el resto del Estado, ¿quiere que la gente de izquierdas siga pensando que el nacionalismo es progresista? *Este* nacionalismo, ¿no tiene al menos *algunos* aspectos reaccionarios? ¿No es posible que de tanto pensar en su nación algunos olviden que existen problemas comunes que afectan a todo el Estado? Seguir definiéndose como nacionalista en los tiempos que corren, en los que los problemas de los pueblos se internacionalizan cada vez más, y se hace necesario un punto de vista y una acción solidaria para abordarlos, resulta cuando menos obsoleto.— **José A. Tapia.** Madrid.